

# *El libro de las sombras*





*El libro de las sombras*  
Julián Galay



Puerta / 11

Frontispicio / 19

Las aguas mentales / 35

¡Autonomía o libertad! / 57

Tres tesis sobre la muerte del tiempo / 77

Ciudades veladas / 89

Nada (no) es real / 105

Este estúpido mundo / 121

Sótano (Well to Hell) / 133

Confesiones mínimas / 147

Escaleras / 159

Diario de la capital del este / 183

(Habitaciones) / 191

Puerta / 213



There are some things that have form but no sound, such as stones; others have sound but no form, such as the wind or thunder; others have both sound and form, such as people and animals; and finally there is a category of things that have neither sound nor form, such as ghosts.

H A N Y U



# *Puerta*<sup>1</sup>

---

1. PRÓLOGO.



El mundo es una puerta cerrada. Es un muro y, al mismo tiempo, un camino.

SIMONE WEIL

1

Anoche soñé con la página de un diccionario que contenía la etimología de la palabra «paranoia». El territorio del sueño era la página misma —fondo blanco y letras negras— y al habitarla —al leerla— descubría que el sufijo *-noia* representaba toda la realidad material.

En esa ficción velada, llegaba a la conclusión de que, entonces, la paranoia era el estado mental que permitía estar *más allá* de la realidad material. Me fascinaba el descubrimiento, lo sentía como una revelación o como una suerte de epifanía personal. Durante la madrugada me desvelé —producto del *jet lag*— intentando retener esa imagen precisa desde la que se desprendían las palabras y las ideas. Más tarde, mientras camino, finalmente, por Buenos Aires, pienso que debería buscar la etimología real de la palabra.

Entro a la ciudad por una de sus arterias principales —atraveso Villa Lugano, Parque Avellaneda, Medalla Milagrosa, Parque Chacabuco, avenida La Plata— y me sorprende la paleta de colores; verdes furiosos y compactos. No hace calor, tampoco frío. El auto que me lleva flota por las vías internas de una ciudad detenida —es 25 de diciembre por la mañana—, todo está cerrado y en silencio. Las cosas se parecen, pero no son. Los negocios son otros. No veo gente, pero en las veredas aparecieron unas injustas carpas precarias —hechas de sábanas y sillas viejas—. Poco a poco vuelvo a la fenomenología perceptiva de la Capital: siento la temperatura, la humedad, su luminosidad —ese cielo azul que nadie mira— y los ruidos —sirenas de ambulancias, cotorras y el viento que resuena contra los bordes—.

Vuelvo a la mitad fantasma de mi biblioteca. El primer libro que agarro —apenas entro al departamento, como si estuviera jugando a la libromancia— es *Condición de las flores*, de Mario Bellatin. Lo leí por primera vez hace más de diez años y hoy puedo confirmar que sigo sintiendo una complicidad total. El primer párrafo es uno de esos fragmentos que me gustaría haber escrito:

Lo que pareceo buscar en un texto, como en cualquier manifestación artística a la que me enfrente, es la posibilidad de transitar por un espacio paralelo de la realidad, sometido a reglas propias. Pienso que no solo en los libros o en el arte se pueden encontrar estas características. Siento que también pueden hallarse en los espacios religiosos, en los cuartos oscuros, en las casas del terror de los campos feriales, y en los estados personales cuando se encuentran exaltados.

Vuelvo a los afectos. Un amigo, café de por medio, comenta que recién empecé a hacer libros y películas cuando me fui del país (antes vinieron la música y el sonido). Cuando me hice extranjero, le digo. Es cierto, pienso después, pero también es cierto que, para terminarlos, siempre tuve que volver. Acá estoy, de vuelta en Buenos Aires, con la secreta intención de terminar un libro.

#### 4

Los textos que lo componen fueron escritos, involuntariamente, entre el 2022 y el 2024. El libro se materializa en una forma unitaria como recompensa de una práctica diaria, desordenada y caprichosa. Busco la etimología de «paranoia»: «del griego antiguo *παράνοια* (“locura”), compuesto de *παρά* (“al lado, más allá”), *νόος* (“mente, percepción”), y la terminación *-ία* (formador de sustantivos abstractos o de estado)». Una interpretación libre podría ser: «estar más allá de la percepción». Me interesa esa

definición, un poco paranormal, aunque sé que se aleja de su uso cotidiano.

Normalmente, el término define un trastorno mental que se caracteriza por la fijación en una idea o en un conjunto de ideas. También me interesa esa acepción, pero sobre todo como metáfora.

Releo los textos que escribí entonces con distancia temporal y espacial, como si hubieran sido escritos por una persona desconocida. Busco relaciones. Nunca entiendo lo que estoy haciendo hasta que lo termino. Releo algunos títulos: «Puerta», «Frontiscipio», «Escaleras», «Sótano», «( Habitaciones )»... Me da gracia. No fue una decisión voluntaria, pero siento que el azar de mis obsesiones terminó construyendo un edificio verbal. ¿Es necesario entender sobre *qué* es un libro?

## 5

Al unir las piezas para visualizar un Todo, encuentro otra coincidencia que, debo admitir, me asombra especialmente. Entre los textos aparece, con cierta reincidencia misteriosa, la figura del Diabolo. Tampoco eso fue parte de un plan premeditado. Intento averiguar el porqué, y escucho en mi mente esa frase que suele decir MF: «Dios está en las cosas, y el diablo, en los detalles». Sin duda podría decir que mi trabajo se centra, casi exclusivamente, en los detalles. También en las cosas que me rodean. Me interesa practicar una literatura documental.

Al buscar la historia de la frase en internet (ese punto en donde el infierno y el paraíso se tocan), encuentro que no era como yo la recordaba. Algunos le atribuyen la frase-logo *God is in the details* [«Dios está en los detalles»] al arquitecto Mies van der Rohe, cuyo antecedente aparece en Gustave Flaubert, *Le bon Dieu est dans le détail*. Otra variante de la ecuación se remonta a un viejo dicho popular anglosajón: *The devil is in the details* [«El diablo está en los detalles»]. Aunque, quizás, el verdadero antecedente haya sido el «Dios está en todas las cosas» de la Biblia. Un apilamiento de traducciones, un espejismo lingüístico que se mimetiza, como camuflaje perfecto, para ocultar al escurridizo *daimón* de la creación.

El escritor y filósofo Vilém Flusser escribió su propia *Historia del diablo*, donde traza una detallada cartografía sobre la representación del príncipe de las tinieblas dentro de nuestra cultura. Según él, su figura siempre estuvo ligada a la confusión. El libro empieza por el comienzo y analiza la frase inaugural de la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra». Flusser la disecciona: «En el principio» se refiere al *tiempo*, y «cielos y tierra», al *espacio*. El diablo representa el tiempo, apunta el filósofo. Es el flujo del tiempo gracias al cual aparecen los fenómenos. Es el principio de la transformación de la realidad en irrealidad.

Fenómenos, percepción y composición de irrealidad. ¿Podría ser ese un tema? Sin duda, estos textos nacieron de la duda, la confusión y la desorientación crónicas. Al escribir intento entrar en una especie de autohipnosis, una escritura automática que parte de la

escucha interna y se instala en la mente (en forma de sonidos silenciosos), mucho antes de llegar al papel. Son pensamientos obsesivos y paranoicos —paranormales, quizá—, que me acercan a estados alterados de la consciencia. Nada nuevo: usar las palabras para experimentar aquello que aparece cuando se agotan. Derivas sin un rumbo claro que, sin embargo, me devolvieron algunas pequeñas revelaciones personales. Revelaciones que —literalmente— revelan lo velado.

6

Tamara Kamenszain entrevista a William Burroughs para el sexto número de la revista *Tsé-Tsé* (conversación que descubro gracias a la recomendación espontánea de HV). En el encuentro se produce un fascinante —y casi inédito— cruce de mundos. Cuando ella le pregunta por su obsesión con los grabadores de sonido, Burroughs responde:

Si todas las personas pudieran grabar lo que dicen las otras, es decir, si como en Watergate cada uno pudiera hacer el juego de grabado y *playback*, Dios habría muerto y todos seríamos dioses.

7

Catorce bitácoras, o «investigaciones» (como me gusta llamarlas —un poco irresponsablemente—), en las que sobrevuela una misma pregunta: «¿Quién escucha?».

## *Frontispicio*<sup>2</sup>

---

### 2. Frontispicio

Del lat. tardío *frontispicium*.

1. Fachada o parte delantera de un edificio, mueble u otra cosa.
2. Dorso de la primera hoja de una publicación que queda frente a la portada; suele llevar algún dibujo, grabado o retrato.



Tell a dream, lose a reader.

HENRY JAMES

— En un punto determinado de la evolución, los humanos aprendieron que cuando los pájaros cantan, los depredadores están lejos. Una teoría dice que de esa escucha compartida nació la música.

Otra plantea que el arte nació con las pinturas de las cuevas prehistóricas, que fueron resultado de los largos encierros invernales. Algo que hoy, después de vivir los años de la pandemia, me es mucho más fácil de imaginar y comprender.

Me encantan estas teorías. Según la escritora Hebe Uhart, lo único de las leyendas que difiere de la ciencia es la perspectiva temporal. La ciencia, escribe ella, tiene que aproximar cuántos millones de años pasaron para que las aletas sean brazos, y la leyenda no, por eso empiezan diciendo «Había una vez...».

Quizás estos «comienzos» sean solo leyendas, pienso mientras tomo el último trago de café. Estas imágenes aparecieron como parte de una secuencia de

ese cine sin pantalla y sin paredes —mi mente—, y se originaron por el fascinante hallazgo de esta mañana:

El 10 de noviembre de 1619, René Descartes tuvo un sueño lúcido (seguido de una alucinación sonora) que desencadenó la escritura del *Discurso del Método* (que, en realidad, se llama *Discurso del método para bien conducir la propia razón y buscar la verdad en las ciencias*).

Me parece fantástico que el método científico, el mismo que sostiene nuestro mundo racional, haya surgido de visiones oníricas. Según estas fábulas —o teorías—, el nacimiento de la música se vincula a los animales; el del arte, al encierro; el de la ciencia, a una alucinación sonora. Entre las tres, se forma un triángulo conceptual que me interesa explorar especialmente: música (animales), arte (encierro) y ciencia (sueños).

■ — Estoy en el tren y, desde mi celular, leo la noticia de que lograron comprobar que, poco después del Big Bang, el universo era cinco veces más lento que en la actualidad, lo cual confirma que el tiempo se acelera mientras el universo se expande (nuestra realidad actual es el resultado de una explosión en *slow motion*). Esto ya lo había predicho Albert Einstein en su famosa —y, al mismo tiempo, desconocida— teoría de la relatividad.

A la mañana, antes de salir a tomar el tren, abrumado por la ansiedad que me produjo la cancelación de una reunión laboral, y ante la posibilidad de tener que dedicar el tiempo (el mismo que se acelera al infinito) a las prácticas burocráticas, decidí escapar.